

MIRKO SABATINO
El verano muere joven

TRADUCCIÓN DE JUAN RAMÓN AZAOLA



Verano de 1963 en un pueblecito costero italiano del Adriático. Un luminoso y bucólico microcosmos en el que tres amigos de doce años pasan los días, largos y bochornosos, apostados en la plaza o escapándose a su refugio secreto, un acantilado con unas envidiables vistas al mar, un retiro afortunado donde evadirse de sus padres y sus problemas y compartir su inocencia, sus afectos y secretos. Hasta que un día, Mimmo tiene un encontronazo con un grupo de jóvenes bravucones del lugar. Los tres niños sellan entonces un pacto de sangre: si cualquiera de ellos o sus familias sufren una afrenta, responderán juntos, siempre juntos, con una represalia proporcional al agravio.

A mi madre Elena
a mi abuela Olga
a Maria Grazia:
tres generaciones de mujeres, una manera de amar.

A J. D. Salinger, Ernest Hemingway, John Fante,
Sandro Veronesi y Stephen King: maestros.

Es precisamente el aire indefenso de estas criaturas lo que seduce a los verdugos, la fe angelical del pequeño que no sabe dónde refugiarse ni a quién recurrir, lo que excita la sangre inmunda de su torturador.

FIÓDOR DOSTOIEVSKI, *Los hermanos Karamázov*

PRÓLOGO

Cuando estás solo las cosas te suceden únicamente a ti.

En teoría esta ley también debería valer para la felicidad, pero no se adapta a ella por culpa de esa palabra —*solo*— en torno a la cual la felicidad, por más que la coloques, tires de ella, la remetas, siempre deja arrugas.

Tenía doce años y medio cuando empecé a estar solo, y desde entonces no he dejado de estarlo. Se ha convertido en una actividad, más que en una condición. Así que cuando supe que la iban a sacar, volví a mi pueblo natal del mismo modo que, unos cuantos años antes, me había ido.

Solo.

Contemplo a los dos buzos mientras se preparan para la inmersión. Uno de ellos, a pesar de su arrogante prestancia física, tiene unas hebras grises que le jaspean las sienes; el otro, un rubio joven y delgado, tiene una mirada sonriente, unos ojos aún dispuestos al estupor.

Para el buzo de las hebras grises en las sienes simplemente es trabajo, otro trabajo más, pero para el más joven debe de tratarse de lo que es, en su absurda evidencia: una cosechadora sepultada bajo las aguas del Adriático desde los años sesenta.

Sucedió en el verano de 1963. Teníamos doce años, y éramos tan pequeños, aquel verano, que nuestros cuerpos no iban más allá de la camiseta y de los pantalones cortos que vestíamos.

Ese año los Beatles cruzaron el umbral de Abbey Road Studios y trece horas después entregaron al mundo su pri-

mer LP, el papa Juan XXIII moría después de casi cinco años de pontificado y tres días de agonía, Martin Luther King anunció a Estados Unidos que tenía un sueño, John Fitzgerald Kennedy perdió el cargo de presidente y la vida a bordo de una limusina, un desprendimiento provocó una inundación que borró de Italia a Lungarone y a sus habitantes. Pero todo esto sucedía en los periódicos, en la radio y, para los pocos que la tenían, en la televisión: lo que *de verdad* acontecía en el mundo, para nosotros, eran las callejuelas de nuestro pueblo.

Una plaza, una iglesia, una tienda de ultramarinos, una carnicería, un bar, una panadería, una escuela de primaria, una escuela de secundaria, un quiosco, un consultorio médico, una clínica veterinaria, un comercio de ropa y calzado baratos, las casas blancas y bajas.

Y las callejuelas.

Las callejuelas donde, en las tardes soñolientas, las madres llamaban a los hijos con voces lentas y monótonas, y las viejas se sentaban cuando anochecía, en sillas que colocaban en el umbral de sus casas, y allí se abanicaban perezosamente mientras sus maridos paseaban con las manos cruzadas tras la espalda, obstinada, obsoletamente elegantes con su único traje, los rostros serios y curtidos por el sol.

Tal vez los acontecimientos que marcaron 1963 no nos bastaron, o no nos parecieron lo suficientemente reales. Tal vez fue por eso por lo que decidimos aportar nuestra pequeña y silenciosa contribución a la historia.

Aquel año estábamos Mimmo, Damiano y yo. Sobre todo, nosotros.

1

Fue el dolor lo que le hizo perder la cabeza, mientras estaba todavía a horcajadas sobre la verja, con las manos de Sabino Canosa apretándole, desde abajo, el muslo desnudo contra el metal ardiente del sol de mediodía. Se estaba divirtiendo, Canosa; aflojaba la presa, dejando que la piel de la pierna de Mimmo se despegara del metal, después volvía a apretar, aumentando gradualmente la intensidad y la duración de la presión.

Hasta que el calor alcanzó el corazón de la carne de Mimmo, y mi amigo perdió el control, la voluntad. La lengua se le desató. Dijo aquellas palabras, y ya no habría marcha atrás.

—¡Déjame, hijo de puta!

Sabino dejó de reír como a veces deja de llover en verano: de golpe. Dejó que Mimmo pasase la otra pierna a esta parte de la verja; luego lo agarró bruscamente por el tobillo con ambas manos y lo derribó con un violento tirón. Mimmo se estampó sobre la gravilla y se raspó las rodillas; Sabino lo agarró por el cabello y lo arrastró sobre los guijarros como un saco, mientras Mimmo intentaba ponerse de pie, tropezando y cayendo y rozándose las heridas en carne viva contra el suelo polvoriento. Sin dejar de sujetarlo por el cabello, Canosa lo levantó en vilo y le propinó una violentísima bofetada que hizo que la cabeza le girara sobre el cuello.

Mimmo se desplomó, puso las manos en el suelo para no golpearse la cara contra la grava; Sabino levantó la rodi-

lla hasta el pecho y le aplastó con el pie los dedos de la mano. Mi amigo dejó escapar un grito gutural, retiró la mano y se la protegió con la otra. Se balanceaba adelante y atrás, acunándose el dolor contra el pecho, lloriqueando en silencio.

Sabino lo miraba desde arriba, como si fuese un insecto. Hundió los dedos en los angelicales rizos de Mimmo y tiró con fuerza hacia atrás.

—Gordo de mierda. A mi madre ni la nombres. Mi madre es una santa.

Perdigones de saliva rociaban el rostro aterrorizado de Mimmo. Luego Sabino echó el brazo hacia atrás y le asestó otro tortazo, de arriba abajo.

Yo solo podía mirar. Cosimo y Salvatore estaban detrás de mí y me tenían inmovilizado. Sentía el olor metálico de su sudor. Si estuviese Damiano, pensaba, si al menos estuviese Damiano.

Hubo un intercambio de gestos y de miradas, y luego Salvatore se puso detrás de Mimmo. Sabino retrocedió, como para estudiar la situación. Con gesto pulcro y metódico, enrolló el borde inferior de la camiseta de Mimmo hasta su barbilla. La tripa blanquecina y prominente de mi amigo quedó a la vista de todos, como una culpa.

Oí el siseo del cinturón de cuero al deslizarse por las trabillas de los pantalones de Sabino. Canosa tensó el cinturón entre sus manos, produciendo un doble chasquido.

Mimmo y yo solamente estábamos viendo el partido que tenía lugar en un terreno reseco por el sol: un campo de fútbol improvisado en la explanada que había delante de la villa de Potito Capece, con dos montoncitos de piedras como postes; Sabino y Cosimo se pasaban la pelota y la chutaban a la portería sin redes, que Salvatore defendía dando saltitos. De pronto el balón se encabrita y rebasa la tapia de la villa, Sabino ordena a Mimmo que lo recupere. Mimmo obedece porque quien se lo pide es Sabino Canosa, de quince años y con el cuerpo robusto y duro de un to-

ro, pero también porque la cosa tiene su provecho: ese no es un balón cualquiera. Es una reliquia. Mimmo tendría la oportunidad de tocarlo: el balón en el que Omar Sívori, incongruente como una aparición, había firmado un autógrafo a Sabino pocos días antes, al materializarse desde la nada en nuestro pueblo perdido del Gargano.

Sabino levantó el cinturón en el aire y pegó un primer golpe en el suelo, como un domador. Mimmo cerró los ojos instintivamente. Sabino dobló en dos el cinturón.

—¡Azota a ese cerdo! —se exaltó Cosimo a mi espalda, mientras yo encontraba el modo de zafarme de él y salía corriendo hacia Mimmo; pero Cosimo me agarró por la muñeca, me hizo volver y me propinó un puñetazo en la boca del estómago.

Caí de rodillas. El oxígeno abandonó mis pulmones.

Sentí que las manos de Cosimo me levantaban del suelo, que sus brazos me sujetaban de nuevo por los hombros. Yo intentaba aspirar aire, pero en vano. Vi que el brazo de Sabino se flexionaba, que el cinturón caía y restallaba en el vientre desnudo de Mimmo. Mimmo emitió un grito ronco que le desgarró la garganta, pero aquello era solo el principio. Con ojos desorbitados y llenos de odio, Sabino inició una furiosa flagelación. Los golpes, cada vez más violentos, caían a intervalos cada vez más seguidos. Los alaridos de Mimmo se alzaban atroces, arcaicos. Cuanto más sudaba Sabino, cuanto más energía gastaba, más parecía crecer su fuerza. Su cuerpo y su brazo formaban un todo, y golpeaba con enloquecida agilidad. Ya no era un juego sádico; ni siquiera un castigo o un embriagador ejercicio de violencia gratuita. Aquello iba más allá del odio. De no haber intervenido nadie, Sabino habría sido incapaz de detenerse.

De pronto, un hilo de aire se abrió paso hasta mis pulmones; sentí el estómago contraerse y relajarse violentamente, y un chorro ácido me brotó de la garganta.

Cosimo me apartó de él con desagrado, pero allí donde otros cedían al asco Sabino veía oportunidades. Arrojó al

suelo el cinturón, arrancó a Mimmo de los brazos de Salvatore y lo arrastró agarrándole del pelo hasta el charco formado por mis jugos gástricos. Me miró: la cicatriz que tenía en el pómulos izquierdo, justo bajo el ojo, le brillaba con el sudor.

—¡Lámelo! —dijo, dirigiéndose a Mimmo. Pero me miraba a mí. Había una excitación nueva en sus ojos.

Apretó su mano contra la nuca de Mimmo y trató de hundirle la cara en el vómito, pero Mimmo tensaba los músculos del cuello, resistía enérgicamente.

—¡Lámelo! —ordenó Sabino, y le dio una fuerte patada en el costado.

Se oyó un grito; Canosa se volvió hacia las callejuelas. Antes de soltarlo, escupió a Mimmo en la cara.

Don Gerardo corría en nuestra dirección sujetándose la sotana con las manos y, cuando nos alcanzó, comenzó a dar patadas al aire con sus piernecitas, dispersando a Sabino y sus amigos como si fueran perros. Los tres se fueron riendo y haciendo muecas.

—Desgraciados... —murmuró el párroco mientras se secaba el sudor de la frente con el pañuelo—. ¿Va todo bien?

Asentí, tratando de no encontrarme con su mirada. No quería, no podía verme obligado a darle las gracias.

Me acerqué a Mimmo. Lloraba de un modo apenas perceptible, mascullaba palabras sin sentido, con la camiseta enrollada hasta el cuello, la tripa enrojecida por los golpes. Con la mano, le limpié la saliva de Sabino de la cara. Estremecido por los sollozos, Mimmo introdujo mecánicamente sus dedos en el bolsillo de los pantalones y sacó una botellita de plástico. Contenía agua bendita; se la había regalado su madre por su duodécimo cumpleaños; Mimmo nunca se separaba de ella. Solamente quería asegurarse de que estuviera todavía allí, porque inmediatamente después se la volvió a meter en el bolsillo y se encaminó hacia las callejas, con la mirada anegada en lágrimas.

Lo agarré con suavidad por el brazo y Mimmo se detuvo. Le desenrollé la camiseta, despacio, y le cubrí la tripa.

Nos alejamos de la explanada mientras don Gerardo nos contemplaba, inmóvil y mudo.

2

Querido Primo:

Hoy cumples doce años. Te imagino crecido, fuerte y firme, listo para ir por el mundo. Es bonito poder estar ahí contigo, en este, tu día especial; y ese pensamiento me hace feliz, aquí, en el pasado, donde estoy ahora, en la distancia desde la que te escribo.

Han pasado seis años desde la última vez que nos vimos. Tú tenías solo seis años, pero cuando el doctor, poniéndote una mano en el hombro, te dijo que era hora de irse, apartaste su mano con un gesto brusco y te quedaste allí, junto a mi cama. Y yo me reí por dentro, me reí por ese gesto tuyo de tipo duro, y entonces comprendí que te abrirías paso, que nada te abatiría. Comprendí que no debía preocuparme, porque saldrías adelante. Luego me cogiste la mano y la apretaste. El doctor trató de acercarse otra vez, pero finalmente desistió.

Cuando saliste de la habitación llamé a tu madre y le dicté esta carta. ¿No es increíble, Primo? ¿No es bonito? Nos estamos comunicando, y podremos hacerlo cada vez que te apetezca. Desde hoy, el día de tu duodécimo cumpleaños, y hasta que llegues a los noventa años. ¿Qué padre puede hablarle a un hijo nonagenario? Nin-

guno. Yo podré hacerlo, y por eso me siento afortunado.

Le he dicho a tu madre que conserve esta carta y que no te la entregue antes de los doce años. Espero que no te enfades conmigo, pero algunas cosas solamente se pueden decir a un hombre. Ahora lo eres, y aquí no nos oye nadie. Ahora podemos hablar entre hombres.

Esta carta debe bastar para toda una vida. Debería estar llena de palabras. Debería hablarte en todas las ocasiones importantes de tu vida. El diploma de secundaria, tu primera chica, un mal día en la escuela, un amor que ha terminado, la selectividad, el tener que alejarse de los amigos de siempre, la universidad, el primer examen, la licenciatura, el matrimonio, los hijos. Pero una carta como esa necesitaría de mucha sabiduría, y ni siquiera los hombres tienen tanta. ¿Cómo se puede pretender que la tenga una carta? Y necesitaría de mucha imaginación, pero también de mucha presunción, porque imaginar las etapas de tu vida significaría encerrarla en un esquema, en un recorrido establecido de antemano, y yo te conozco, Primo, y sé que harás las cosas a tu manera. Sé que, por más que intente esforzarme en imaginar los acontecimientos de tu vida, incluso si acabaras por cumplir con las etapas más habituales y obligadas de la existencia, tú siempre lo harás todo a tu manera. Sin seguir esquemas, con inteligencia, pasión y sensibilidad; y así harás nuevos, y tuyos, cada elección, cada acontecimiento. Por eso no quiero abrumarte con palabras, pero cada vez que tengas necesidad de hablar conmigo encontrarás una respuesta dentro de esta carta. Yo estaré siempre aquí, dentro de esta carta, incluso en las

palabras no escritas, porque esas serán las que, con tus decisiones, escribirás tú, y escribiremos juntos.

La tentación de atosigarte con consejos es fuerte. Quizá porque cuando uno está al final de la vida se siente autorizado a darlos. Es un poco como si en este momento yo estuviese viviendo la vejez de mi juventud, y estos, mis veintisiete años, fueran noventa. Pero no quiero agobiarte con consejos. ¿Quién puede darlos? Sin embargo, me gustaría que recordases un par de cosas, y que lo hicieses en dos ocasiones. Cuando los demás te parezcan más capaces que tú, recuerda que la independencia no siempre coincide con la libertad. Y cuando te parezca que la vida es poco generosa contigo, piensa que cada uno tiene la vida que puede. En los momentos de dificultad, recuerda solo esas dos cosas. Te sentirás mejor.

Ahora eres un hombre. ¿Ves? Sé resistir otra tentación: la de llamarte «hombrecito». Sé que desprecias los diminutivos cariñosos, y de ninguna manera quiero disminuirte. Eres mi hijo, te conozco bien, no necesito más años para conocerte mejor. Por eso me considero afortunado, y me voy feliz y sereno.

Sueña, Primo, hazlo siempre. Pero planta tus sueños en la tierra: crecerán robustos y no se los llevará el viento.

Mamá, abuela, Viola: cuida de ellas y protégelas si hace falta. Ahora eres tú el hombre de la casa.

Te quiero,
Papá

Levanté la cabeza de la carta y miré en dirección a la iglesia. Tardé un poco en enfocar la imagen, pero cuando la vista fue nítida me di cuenta de que en el atrio estaba todo el pueblo. Distinguí a mi abuela del brazo de mi madre y, a su lado, a mi hermana Viola. De vez en cuando se volvía a mirar hacia los escalones del portal en los que yo estaba sentado.

Llevaba un vestido negro que le llegaba a las rodillas. Tenía unos tobillos finos y bien formados, y a sus once años, en la gracia de sus pequeñas formas, comenzaba a insinuarse inocentemente el cuerpo de una mujer. Intercepté la mirada de Potito Capece, que, oprimido por su chaleco bueno, ponderaba las pantorrillas y los tobillos de mi hermana. *Cuida de ellas*. Sentí que un chorro de rabia me recorría todo el cuerpo hasta ir a estallarme en los dedos de las manos.

Era el 14 de junio de 1963, el día del sexto aniversario de la muerte de mi padre, y en la iglesia se iba a celebrar una ceremonia conmemorativa en su honor. Había sido uno de los tres maestros de la escuela primaria del pueblo, y de los tres tal vez el más querido y apreciado; era un hombre amable, pero no afectado; educado, pero no dócil; un hombre respetado por todos.

Cuando me negué a seguir a mi familia a la iglesia, mi abuela se enfadó. Me acusó de no ser un buen cristiano, ni siquiera en el aniversario de la muerte de mi padre me dignaba ir a la iglesia. Pero yo llevaba conmigo la carta de mi padre y sentía que estaba con él de un modo mucho más concreto allí donde me encontraba en esos momentos, en los escalones de aquel portal.

Desde el 9 de enero de aquel año, día de mi duodécimo cumpleaños, aquella carta había pasado de un pantalón a otro, pero no se había separado nunca de mi cuerpo. Estaba conmigo el día anterior, cuando Sabino había pegado a Mimmo; y estaría conmigo el día siguiente, mientras lle-